

Psicología, fenomenología y ontología

Por ISMAEL QUILES, S. I. — San Miguel

Toda ciencia está particularmente interesada en la dilucidación del valor de sus propios métodos. Pero la psicología, tal vez más que ninguna otra, debe afrontar este problema, porque el método psicológico afecta a la experiencia psicológica misma, experiencia de orden cognoscitivo o conciencial. He aquí por qué nos parece importante el estudio del valor del conocimiento psicológico. El problema lo vamos a dilucidar en relación con otros aspectos, que modernamente han ascendido al plano de primer interés en el campo filosófico: la fenomenología y la ontología.

Ante todo, debemos precisar algunas nociones afines con el concepto mismo de psicología, muy comunes en el lenguaje filosófico, pero con frecuencia revestidas de cierta vaguedad y confusión conceptual que es indispensable aclarar y precisar para nuestro objeto. Por lo menos, quedará asentado el contenido preciso que tienen, para nosotros, dichas nociones.

Lógico: es lo que se refiere al pensamiento en orden a que proceda sin error, con facilidad y metódicamente¹.

Real: es lo que se refiere a las cosas mismas.

Lo real puede ser *Ontico* y *Ontológico*. Lo *Ontico* es la cosa en sí, sin relación al conocimiento. Lo *Ontológico* es la cosa en sí, en cuanto dice relación al conocimiento.

Físico: es lo que puede ser percibido por la experiencia sensible.

Metafísico: es lo que trasciende la experiencia sensible.

¹ SANTO TOMÁS, I, *Analíticos posteriores* - 1.

Racional: es lo que pertenece a la razón y a sus actos, especialmente al proceso discursivo o del raciocinio.

Con frecuencia se identifica lo *racional* con lo *metafísico*; pero, como vemos, no son conceptos coincidentes. Lo *metafísico* pertenece al orden *real*, lo *racional* al orden del conocimiento; lo metafísico puede ser aprehendido por un acto directo de intuición intelectual, que es conocimiento suprasensible; lo racional, en el sentido propio, es aprehendido por medio de un raciocinio. No hay, por tanto, coincidencia adecuada entre lo metafísico y lo racional. Tampoco la hay entre lo *metafísico* y lo *lógico*, aun cuando los mismos escolásticos los identifican con frecuencia. En no pocos manuales de escolástica se habla, por ejemplo, de la división de la distinción en *lógica o metafísica y real o física*. Así se viene a identificar lo lógico con lo metafísico y lo real con lo físico; como si solamente fuera real lo físico (lo sensible) y lo metafísico no fuera sumamente real y distinto de lo lógico. Asimismo, con frecuencia también se identifica lo *ontológico* con lo *óntico*, y se habla de las propiedades ontológicas, de las relaciones ontológicas y, en general, de lo ontológico como lo que se refiere al ser en sí mismo. En realidad, éste es el uso tradicional del término *óntico*. Pero modernamente se está introduciendo el término *óntico* para designar los aspectos del ser o de la realidad en sí misma considerada, y lo *ontológico* para designar o bien la ciencia del ser, o bien al ser en cuanto dice relación al conocimiento (*onto-logos*).

Todavía debemos recordar otras nociones elementales, pero útiles para nuestro propósito.

El conocimiento puede ser *inmediato* y *mediato*. El primero es la percepción *directa* del objeto y se llama también *intuitivo* y *experimental*. El segundo es la percepción del objeto por medio de otra operación cognoscitiva previa, ya sea propia del sujeto (conocimiento abstractivo y discursivo), o por ciencia recibida de otro (por el testimonio ajeno).

Experiencia es un conocimiento *inmediato*. Si se trata de un objeto del orden sensible será una *experiencia física*; si el objeto es de orden suprasensible o no perceptible por los sentidos, será una *experiencia metafísica*.

Estudiemos ahora lo que se refiere al valor del *conocimiento psicológico* y su relación con la *fenomenología* y la *ontología*.

La psicología estudia todo lo que se refiere al alma, a la psique. Por lo tanto, debe estudiar la naturaleza y la actividad del alma, especialmente del alma humana. Aunque el término *alma*, en Aristóteles «enteléquia», abarca la vida en general, la *psicología* se restringe generalmente al estudio del *alma sensitiva e intelectual*, que es propiamente llamada *alma*. Generalmente, se distingue entre *psicología experimental* y *racional*. En la *psicología experimental* se estudian los fenómenos puramente sensibles y, con preferencia, los que pueden ser objeto de observación externa y, en consecuencia, estudiados en forma de experimento científico, para ser numerados y medidos y descubrir las leyes por que se rigen. Se trata, por lo tanto, de un conocimiento propiamente *experimental* y del orden *físico*, en el sentido que hemos dado al término *físico* anteriormente.

La *psicología racional*, llamada también *deductiva*, es la que, partiendo de las manifestaciones o actividad psíquica, *deduce* la naturaleza y propiedades del alma. Esta parte de la psicología se llama también *psicología metafísica*, pero con cierta impropiedad, a nuestro parecer. Porque, entre la psicología propiamente experimental y la racional (deductiva), existe otro plano de conocimiento psicológico que no es sensible ni racional (o deductivo), sino que, por una parte, pertenece al orden *intelectual, metafísico, suprasensible* y, por otra, alcanza su objeto *inmediatamente* y, por lo tanto, es *experimental*: es una *experiencia intelectual*, de vivencias superiores, que no pueden ser reducidas a experiencias sensitivas. Esta parte de la psicología desborda lo que generalmente se considera como psicología experimental (puramente sensible y observable exteriormente), y la psicología propiamente racional o deductiva. La psicología experimental intelectual tiene como objeto la descripción de las vivencias superiores y de su contenido. Como se ve, esta psicología pertenece al orden metafísico y alcanza en forma inmediata el plano de lo óntico.

Se presenta ahora *el problema de la objetividad de las experiencias de orden psicológico*, especialmente en cuanto son objeto del conocimiento propio del sujeto conociente, tanto si se

trata de una experiencia de orden sensitivo, como de una experiencia superior, v. gr. de orden intencional, afectivo o volitivo.

Las experiencias psicológicas pueden considerarse desde dos puntos: primero, en cuanto se refieren a la descripción de la naturaleza, de los mecanismos y procesos propios de nuestras facultades subjetivas; plano puramente *psicológico*. La filosofía que reduce todo el valor objetivo de nuestras experiencias a procesos propiamente psicológicos es lo que se conoce como *psicologismo puro*. Para esta filosofía, la metafísica y la ontología son imposibles. Pero debemos atender a la posibilidad de que nuestras experiencias psíquicas, tanto en el orden sensitivo como en el intelectual, estén en relación con un objeto de las mismas, es decir, que tengan un *valor objetivo*. Ahora bien, este valor objetivo puede todavía considerarse en un orden puramente ideal, y entonces recaemos en un idealismo metafísico y en una fenomenología a la manera de Husserl; o bien tales objetos se consideran como propiamente ónticos y, en tal caso, el conocimiento y experiencia psicológica tienen un valor real y la fenomenología que en ellos se funda será una fenomenología realista u *ontológica*.

El problema que nos interesa es, precisamente, éste: ¿Tienen nuestros conocimientos y experiencias psicológicas un valor objetivo existencial, es decir, nos dan realidades existentes, o solamente se mantienen en el puro psicologismo, o, a lo más, nos dan objetos ideales no existentes?

Como quiera que nuestras experiencias psicológicas se dan siempre en el plano de la conciencia, como aparecer en la conciencia o como fenómeno de conciencia, debemos referirnos a la *fenomenología*, que modernamente se ha dedicado al aspecto del conocimiento filosófico en general, como *aparecer en la conciencia*. La fenomenología, según su fundador, se limita a la descripción de las esencias, es decir, de los objetos trascendentes, pero como puros modos de conciencia, es decir, como apariencias o aparecer en la conciencia (fenómenos), prescindiendo de su valor real existencial. Pero la fenomenología, a pesar de la interpretación de tendencia idealista de Husserl, ha tomado también una dirección *realista*. Así la han entendido no pocos de los representantes del existencialismo: a nuestro parecer, Heideg-

ger y, ciertamente, Gabriel Marcel y los existencialistas cristianos han utilizado el método fenomenológico con un sentido realista y ontológico. La apariencia o el aparecer en la conciencia será ya, no una pura manifestación concienical, sino la manifestación de la cosa misma, de la *realidad presente* en el campo de la conciencia. La fenomenología, pues, tiene un doble sentido: idealista y realista. Pero, precisamente, éste es el problema que se plantea la fenomenología y que está íntimamente relacionado con el conocimiento y la experiencia propiamente psicológica. Si se resuelve negativamente, la fenomenología queda en un plano estrictamente fenomenológico. Si se resuelve afirmativamente, la fenomenología alcanza ya el plano de lo real y, por lo tanto, tiene valor ontológico.

Estudemos ahora, en particular, la posibilidad o el hecho del valor ontológico de nuestras experiencias psicológicas y de la fenomenología aplicada a la descripción de dichas experiencias.

a) En primer lugar, *nuestra actividad psíquica sensitiva*, especialmente cuando se trata de sensaciones internas, tiene un *valor ontológico* innegable. Existe una relación tan íntima de inmediatez entre nuestra sensación y nuestro conocimiento o conciencia de ella, que no es posible dudar de su valor ontológico. La prueba está siempre a nuestro alcance, pues podemos repetir el experimento cuantas veces queramos y comprobarlo en nuestra vida cotidiana. Lo psicológico alcanza aquí el plano de lo ontológico y físico y tiene un valor ontológico, por cuanto es un conocimiento de la realidad de orden físico.

b) Nuestra *actividad psíquica intelectual*, por la cual percibimos la existencia de nuestra actividad intelectual, volitiva o afectiva superior y del «yo» sujeto de dicha actividad, pertenece también, según hemos indicado, al orden psicológico experimental, por cuanto se trata de conocimientos inmediatos, y hemos definido como experimental todo conocimiento inmediato. Por lo mismo que se trata de un conocimiento inmediato, no es posible tampoco poner en duda su valor objetivo. La percepción que tengo de mis actos intelectivos, de mis voliciones y de las afecciones de mi espíritu, están inmediatamente presentes a mi facultad cognoscitiva. Hay identidad, yendo todavía más lejos,

entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, cuando se trata de la percepción del propio «yo». No es posible, por lo tanto, poner en duda el valor objetivo de esta percepción. Nuestra actividad psicológica intelectual y la fenomenología que de ella construimos están en contacto inmediato con su objeto, que es *realidad inmediatamente presente a la conciencia*. Tiene, pues, en tal caso, el conocimiento psicológico y fenomenológico un valor ontológico. Creemos que éste es un caso evidente de coincidencia entre psicología experimental (superior), fenomenología y ontología.

Pero todavía más: no sólo estamos en contacto con lo ontológico por medio de esta experiencia psicológica, no solamente sobrepasa la fenomenología el plano del puro aparecer en la conciencia, llegando hasta lo ontológico, sino que nos encontramos en un plano *suprasensible*, superior a la experiencia sensitiva o física, y por ello alcanzamos también un plano *metafísico*. Nuestra experiencia del acto libre, nuestra percepción consciente de nuestro libre actuar, va más allá del plano puramente sensitivo, ya que se trata de una actividad de orden *inmaterial*. Por lo mismo, la psicología experimental no puede, en este caso, aplicar métodos técnicos, que inmediatamente capten y regulen el proceso de la libertad. Lo mismo digamos acerca de la percepción del propio «yo», reflexivamente conocido. Estas experiencias, aun cuando son propiamente psicológicas, porque pertenecen al plano de la conciencia y pueden ser analizadas como tales, sin embargo son *suprasensibles* y, por consiguiente, *metafísicas*. Esto nos indica que en el plano del conocimiento psicológico inmediato superior o intelectual coinciden lo psicológico, lo fenomenológico, lo ontológico y lo metafísico.

c) Extendamos todavía el plano o el campo adonde alcanzan nuestras experiencias psicológicas, la penetración en el campo ontológico de la actividad psíquica. Nuestras experiencias psicológicas superiores se dan con una riqueza y complejidad de contenidos, que no se agotan en la percepción del sujeto de la actividad y de esta actividad como puro conocimiento o volición. *Va acompañada de otras experiencias mucho más complejas y que importan captaciones de valores ontológicos o amplia-*

ción de nuestro campo ontológico de percepción. Tal es, por ejemplo, la percepción o experiencia de lo Absoluto, frecuentemente señalada por los grandes filósofos de la introspección psicológica, especialmente a partir del que, en forma tan brillante, practicó, tal vez el primero, el método de la introspección: San Agustín. En nuestra actividad cognoscitiva y afectiva trasparamos el plano de la pura contingencia de nuestro ser y obrar humano, y percibimos un fundamento absoluto y trascendente que está presente a nuestra contingencia, pero, a la vez, la supera. Con este Absoluto entablamos una relación personal, expresada principalmente en un diálogo interno, que matiza nuestra vida por el misterio y la religiosidad. Como en otros trabajos hemos sostenido, esta percepción tiene un carácter de inmediatez y validez ontológica y, por tanto, aun cuando sean experiencias psicológicas y realicemos el análisis fenomenológico de las mismas, en este caso no se trata ya de una pura psicología y una fenomenología sin contenido real, sino que la psicología, como la fenomenología, alcanza también en este plano lo ontológico, la realidad, trascendiendo más allá de lo puramente contingente.

d) A nuestro parecer, todavía debemos extender el alcance de nuestras experiencias psicológicas inmediatas a la percepción de *la realidad de las otras personas*, de los otros «yo». Es cierto que en este caso tal percepción participa, a la vez, de una experiencia física o sensible y metafísica o suprasensible, es decir, se trata de una experiencia *mixta*. Pero nos parece que la mejor explicación, tal vez la única satisfactoria, de nuestro conocimiento y de nuestra comunicación con los otros «yo» sea la de una *percepción inmediata*. No creemos que exclusivamente lleguemos a la certeza de la existencia de las otras personas apoyados en la deducción, en el principio de causalidad. Es una comunicación muy compleja la comunicación espiritual entre los seres espirituales. En el hombre, que es material y espiritual, influye a la vez un doble tipo de conocimiento, pero no creemos que pueda llamarse en ninguno de los dos casos conocimiento mediato. Naturalmente, sabemos que muchos autores modernos y de la filosofía clásica sostienen la mediatez de nuestra percep-

ción del mundo exterior y de las otras personas. Pero nosotros creemos que ni nuestras sensaciones externas o internas, ni nuestras percepciones intelectuales son un medio de comunicación interpuesto como una muralla, a través de la cual se nos transmiten conocimientos de objetos que están del otro lado de dicha muralla, sino más bien un medio transparente en sí mismo, a través del cual nos acercamos a los objetos en sí mismos.

e) Avancemos un último paso. Hasta ahora nos hemos puesto en contacto con objetos sensibles (físicos) y suprasensibles (metafísicos) por medio de nuestras experiencias psicológicas. Pero todos estos objetos son *individuales*. Nuestros conocimientos eran, consecuentemente, conocimientos *individuales*, es decir, que no superaban el plano de lo individual. Nos preguntamos *si es posible llegar, en virtud de las experiencias que hemos enumerado, hasta las «esencias»*, hasta lo absoluto del ser que se nos manifiesta. Como se ve, planteamos ahora el problema del conocimiento de la esencia del ser, más allá de su pura individualidad y de su devenir existencial.

Esta dificultad proviene, en primer lugar, de una excesiva separación entre la actividad del ser y la esencia del ser. Es cierto que todo ser tiene su esencia y de acuerdo con ella existe y obra. Asimismo, debemos admitir una diferencia entre el devenir del ser y su esencia, y que dicho devenir se apoya en y emana de la esencia. Esencia significa manera necesaria y propia del ser de un individuo determinado, y generalmente se entiende aquella manera necesaria y propia del ser por la cual este individuo se halla en una especie determinada de seres. Esencia y especie son lo mismo en la filosofía clásica.

Ahora bien, si yo percibo el ejercicio de mi libertad, mi actividad libre, no percibo la libertad en abstracto, sino que percibo un acto libre; ni percibo este acto libre con independencia de todo sujeto, sino que percibo en concreto el «yo» actuando libremente. Esto nos significa que percibimos el «yo-libre», no como algo extrínseco al «yo-mismo», sino perteneciente a su *ser*; en otras palabras, percibo el *ser-libre* en concreto, que posee la libertad como característica propia, lo cual es una percepción de la esencia de este ser en cuanto libre. Estamos, pues, en una

percepción *ontológica* de este aspecto *absoluto*, de este ser. Lo mismo digamos cuando se trata de otras experiencias, del conocer, del estar en el mundo, etc., etc. Toda percepción que tiene el carácter de *necesidad ontológica*, unida indisolublemente a un sujeto, nos da la percepción de la esencia de dicho sujeto y de la consiguiente universalidad en los sujetos como éste. Necesidad es percepción de esencia, y si se trata de notas comunes, de universalidad. Esto es, sin duda, lo que quieren expresar, a nuestro parecer acertadamente, aun cuando pueda ser una paradoja en la terminología clásica, algunos autores modernos cuando hablan de la percepción inmediata del *universal concreto*.

Hemos indicado apenas, sin poder hacer ulteriores desarrollos y fundamentaciones, el valor y la extensión que puede alcanzar el conocimiento psicológico propiamente tal. Sus conexiones y su coincidencia con el conocimiento fenomenológico y con la ontología y la metafísica. A nuestro parecer, las consideraciones precedentes son *una respuesta* para aquellos que suponen que, *por las experiencias psicológicas y por el método fenomenológico, nunca se puede superar el plano de la conciencia o del devenir individual de los entes*. Tal como acabamos de describirlo, nuestras experiencias psicológicas y el método fenomenológico llegan a superar el puro devenir fenoménico, alcanzando el plano óntico; y superan también la pura contingencia e individualidad, llegando hasta el conocimiento de las esencias y de la trascendencia del Ser Absoluto. Me complace terminar este estudio con una observación que, al parecer, estaba patente en el *Coloquio Fenomenológico* sostenido en Bruselas del 12 al 14 de abril de 1951: que la fenomenología como método *presupone* una opción entre el idealismo y el realismo. El problema puede aplicarse a todo tipo de conocimiento. Pero, así como al problema general del conocimiento respondemos que esta opción solamente puede tener lugar en un sentido realista, si atendemos a la estructura misma del conocimiento y a las condiciones concretas en que éste se nos presenta, de la misma manera la fenomenología, si atiende a su carácter de conciencia y de intencionalidad, *tal como en concreto se manifiesta*, solamente puede tener una opción previa, o mejor, un apoyo y explicación y fundamento único, el de la realidad, el de lo óntico, el ser. La in-

tencionalidad de la conciencia se apoya en la intencionalidad del ser mismo. Uno de los asistentes al Coloquio Fenomenológico ha hecho esta observación acertadamente:

«Es la intencionalidad del ser mismo, el cual, en su surgir orientado, es el primero y absoluto autor que pueda producirse, la primera fuente de donde pueda proceder todo lo que sea conciencia o vida intencional»².

Nuestra conclusión es que, entre la *psicología* generalmente llamada *experimental* y la *psicología propiamente racional*, existe un plano psicológico intermedio, la *psicología del conocimiento intelectual inmediato*, que tiene como campo el análisis de nuestras experiencias psicológicas, cognoscitivas, volitivas y afectivas; que en este campo se dan la mano, con el mismo derecho, la psicología, la fenomenología, la ontología y la metafísica; y que este plano es el más fecundo para la experiencia filosófica del hombre.

² MAX MÜLLER, *Crise de la Métaphysique*, p. 115. Desclée, De Brouwer, París, 1953.

El pensamiento filosófico venezolano en los siglos XVII y XVIII

Por ISMAEL QUILES, S. I. — San Miguel

El Dr. Juan David García Bacca ha publicado una *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano (Siglos XVII y XVIII)*¹. Es una contribución valiosa al movimiento de revalorización de la filosofía en la época hispánica americana que se viene observando en estos últimos años. Aquella filosofía que, durante el siglo pasado y en los primeros decenios del presente, se consideraba como carente de interés, sin que nadie se dignara mencionarla (en gran parte porque no se la conocía), va recobrando ahora su puesto propio, merced a estudios recientes sobre las personas y las obras, que demuestran cierta originalidad de pensamiento y, en todo caso, un trabajo serio y disciplinado en el conocimiento y exposición de la filosofía y la teología escolásticas. En este movimiento podemos citar, ante todo, al R. P. Guillermo Furlong, S. I., quien en la región del Río de la Plata realizó interesantes estudios sobre el tema; nosotros mismos estamos interesados en esta dirección. En Méjico debe nombrarse al Dr. Oswaldo Robles. En Perú al historiador R. P. Vargas Ugarte S. I. Ahora sumamos a los estudiosos de la filosofía del período hispánico en América al Dr. Juan David García Bacca, con un aporte de verdadero valor para el conocimiento del pensamiento filosófico venezolano, área no estudiada hasta el presente.

Los autores, cuyos textos se han seleccionado y traducido en la presente Antología, son venezolanos o relacionados con el actual territorio de Venezuela. Por cierta coincidencia, casi todos ellos son franciscanos escotistas: Fray Alonso Briceño; Fray Agustín de Quevedo y Villegas; Fray Tomás Valero; Fray Antonio Navarrete; a ellos agrega el selector otro nombre de un laico español, que visitó la tierra venezolana a principios del siglo XVIII: Salvador José Mañer.

Para cada uno de estos autores ha preparado G. B. sendos *Prólogos históricos*, en los cuales reúne los datos escasos que, avaramente, nos da la historia.

¹ JUAN DAVID GARCÍA BACCA, *Antología del Pensamiento Filosófico Venezolano (Siglos XVII y XVIII)*. Introducciones sistemáticas y prólogos históricos. Selección de textos y traducción del latín al castellano (16 x 23; 522 págs.). Biblioteca venezolana de cultura. Colección «Andrés Bello». Ediciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura y Bellas Artes. Caracas, 1954.